

LIX.

BASTA CALLAR.

PERSONAS.

CÉSAR } galanes.	CELIO, escudero, vejete.	FLORA, dama.
CÁRLOS } galanes.	FABIO } criados.	ESTELA } criadas.
ENRIQUE, Duque de Bearne.	LIBIO } damas.	NISE } damas.
FEDERICO, Conde de Mompeller.	SERAFINA } damas.	Músicos.
ROBERTO, viejo.	MARGARITA } damas.	Gente.
CAPRICHIO, gracioso.		

JORNADA I.

Salen MARGARITA y FLORA.

Marg. Mucho, Flora, fio de tí.
 Flor. Puede tu amor, satisfecho
 De la lealtad de mi pecho.
 Marg. En fe deso, escucha.
 Flor. Di.
 Marg. Hija de Enrique de Fox,
 Duque de Bearne, rama
 De aquel sagrado laurel,
 Que vió la conquistista sacra
 Ceñir de Bullon las sienes,
 Nací, sangre real en Francia;
 Tanto, que sus rojos visos
 Tal vez la lis de oro esmaltan.
 No para desvanecerme
 Mi estirpe te acuerdo clara,
 Sino antes para quejarme
 De mi fortuna, que avara
 En otras dichas, á cuenta
 De lo liberal que anda
 En esta sola, no vé
 En mi vida circunstancia,
 Que ella no cobre en pensiones,
 Ó yo no pague en desgracias.
 ¿Qué piensas que es en nosotras
 La grandeza, que no pasa
 A acreditar con blasones
 El poder? Una dorada
 Prision, donde noble dueño,
 Con estimacion tirana,
 Alhajándonos la vida,
 Nos tiene cautiva el alma.
 Mi hermano lo diga, ó yo
 Lo diré, pues obligada
 Á cumplir con el decoro,
 Que es la herencia que me alcanza,
 Convento en un casamiento
 Á mi disgusto. Mal haya
 El primer legislador,
 Que hizo á la muger vasalla
 Tanto del hombre, que quiso,
 Que ellos hereden las casas,
 Y ellas las obligaciones.

¡Que tenga el mundo campañas,
 Ya al estudio de las letras,
 Ya al manejo de las armas,
 Donde se puedan labrar
 Mármoles, bronces y estatuas,
 Y, sobre darles los medios
 Á su mayor alabanza,
 Les dé tambien los estados,
 Primeros ó últimos nazcan,
 Dejándonos á nosotras
 Sin el libro y sin la espada
 Y sin el mando, á ser solo
 La mas inútil alhaja
 De sus familias, y tanto,
 Que el padre, que mas nos ama,
 Aun con ser padre, no vé
 La hora de echarnos de casa!
 ¿Mas dónde voy (ay de mí!)
 Con mis quejas? si no basta
 El uso de padecerlas,
 El abuso de enmendarlas.
 Dirás tú ahora, que ignoras
 Deste despecho la causa,
 Supuesto que el casamiento,
 Que el Duque, mi hermano, trata,
 Es con Federico, Conde
 De Mompeller, en quien hallan
 Tan iguales conveniencias
 La sangre, el lustre y la fama;
 Mas responderéte yo,
 Que todo no importa nada;
 Porque todo fuera sobra,
 Adonde la eleccion falta.
 Y pues que para un secreto
 Te elegí, y hasta aqui anda
 Tan pública mi tristeza,
 Que es poco lo que te encarga,
 Vamos á lo reservado
 Del dolor, en confianza
 Que no saldrá de tu oído,
 Ya que de mi labio salga.
 Á los montes de Gascuña,
 Esa fronteriza raya,
 Que divide de Aragon,
 De Cataluña y Navarra
 Nuestros términos, en cuya
 Siempre militar campaña
 De Bearne y Mompeller

Yacen estados y patrias,
 Á ruego de mis tristezas,
 Solicitando aliviarlas,
 (Ya te acordarás) mi hermano
 Me llevó unos días á caza.
 Una tarde pues saliendo,
 Como otras, Flora, á la falda
 De sus empinadas cimas,
 En quien el cielo descansa,
 Llevábamos en dos tropas,
 Divididas en dos bandas,
 La caza y la montería,
 Porque eligiese en sus varias
 Lides, árbitro el deseo,
 De cual de las dos le agrada,
 Ó boreal ó venatoria,
 Viendo iguales las distancias;
 Que alli el montero tenia
 Desde la noche en las jaras
 Concertado un jabalí,
 Y alli el cazador cebada
 Desde la aurora á la orilla
 De una laguna una garza.
 Neutral el gusto algun rato
 Estuvo; porque le llaman
 De una parte en la trailla
 El can, que impaciente ladra,
 De otra en el guante el halcon,
 Que, al ver que la voz le falta,
 Picando en el cascabel,
 Pretendia, que alternaran
 El laton con el latido
 Disonantes consonancias.
 Esta pues gustosa duda
 Resolvió un dogo de Irlanda,
 Que, habiéndole dado el viento
 De la res, furioso arrastra
 Al mozo de la trailla,
 Tirante del cordon, hasta
 Que falseado el eslabon
 Rompe, y el collar arranca;
 Con que, para socorrerle,
 Fue fuerza que desataran
 Contra el jabalí, que al ruido
 Deja el pasto, el monte tala,
 Ventores, que ya le acosan,
 Lebreles, que ya le alcanzan,
 Sabuesos, que ya le lidian;
 Á cuyo estruendo levanta
 Su mas remontado vuelo
 Despavorida la garza.
 Viéndola los cazadores
 Encumbrarse, desenlazan
 Capirotos y pihuelas,
 Y al aire dos neblies lanzan;
 De suerte, que alli la fiera,
 De los perros acosada,
 Alli la garza, seguida
 De los halcones, formaban
 Imaginados paisés,
 Compitiendo en sus dos tablas
 Con lo feroz de las presas,
 Lo mañoso de las garras.
 Yo, que en medio de las dos
 En esta ocasion me hallaba,
 En un alazan corcel,
 Que manchado pecho y ancas
 Mostraba, que solo un bruto
 Hiciera adorno las manchas,
 Á arremeter con la fiera
 Iba, cuando veo que bajan,
 Hechos un globo de pluma,
 Garza y halcon á mis plantas.
 El otro, que en los regates

Habia con veloz saña,
 Para calarse sobre ella,
 Tomado punta mas alta,
 No hallándola en la palestra,
 Como con envidia y rabia
 De que fuese presa de otro,
 Tuerce el pico, y gira el ala.
 Viendo yo cuan destemplado
 Á las nubes se levanta,
 Sin que al señuelo responda,
 Y sin que al cebo se abata,
 Dejando el jabalí, pongo
 En él la mira, con gana
 De ser yo quien le cobrase;
 Y como, para lograrla,
 Era fuerza no quitar
 Dél los ojos, á no larga
 Carrera me hallé cerrado
 El paso en la enmarañada
 Confusion de un laberinto,
 Que intrincadamente enlaza
 Lo pelado de unas breñas,
 Con lo espeso de unas zarzas.
 Reparéme, no seguida
 De nadie, y cuando tomara
 Ya por partido saber
 (Puesto que ignoré la entrada)
 Donde estaba la salida,
 Siento ruido entre las ramas.
 Aplico vista y oído,
 Y veo suelto por las matas
 Un caballo, á tiempo que
 Oigo en triste desmayada
 Voz decir: ay infelice!
 Dejo la rienda fiada
 Al prado, porque, el pie á tierra,
 Registre mejor la estancia,
 Y encuentro alli una maleta,
 Alli un sombrero, una capa
 Mas adelante, y despues
 Sobre la teñida grama
 En su sangre revolcado
 Gallardo jóven, la espada
 En la mano, tan sin vida,
 Tan sin aliento y sin alma,
 Que cada suspiro era
 Último. Permite que haga
 Aqui una ponderacion,
 Pues ahora no le hago falta,
 Y no es olvidar sus penas,
 Acordarme de sus ansias.
 Ya se ha visto caballero,
 Que favorezca á una dama,
 Ya de una caza en acasos,
 Ya en trances de una batalla;
 Que aquel la libre del fuego,
 Que este la saque del agua,
 Cual del monstruo que la embiste,
 Cual del bruto que la arrastra,
 Muchas veces nos lo cuentan
 Fábulas é historias varias;
 Y aun no ha mucho, que las dos
 Vimos caer de una ventana
 Socorrida una hermosura,
 No sé si en novela ó farsa;
 Pero que la dama sea
 La que, la suerte trocada,
 En tan deshecha fortuna,
 En tragedia tan extraña,
 Halle un caballero, que
 Á la gente, que ya anda
 En alcance suyo, mande,
 Que á sus albergues le traigan,
 Que, curado, convalezca,

Que, convalécido, haga,
Que su hermano le reciba,
Porque, albergado en su casa,
Libre esté de sus contrarios;
Pues aunque él no dice nada
Mas de que eran bandoleros,
Bien se conoce que engaña;
Pues bandoleros no habian
De dejar caballo y armas,
Maleta y joyas; y en fin
Que, sirviendo al Duque, (¡gracias
Á su ingenio y su valor!)
Sea toda su privanza,
Viviendo amado de todos,
Con vida, honor, lustre y fama:
Desde Angelica, no tiene
Ejemplar; y mas si pasas
A considerar hoy, Flora,
Que sobre finezas tantas,
Siendo él el favorecido,
Es ella la enamorada,
Iba á decir, ni me atrevo,
Ni sé que me diga. Saca
Tú la consecuencia, pues
En una turbacion basta
No saber lo que se diga,
Para ver lo que se calla.

Flor. Primero que te responda,
Permíteme, que te haga
Una pregunta. ¿Él ha visto
Afecto, accion ó palabra
En tí, que pueda.....?

Marg. ¿Eso había
De ver en mí?

Flor. ¿Pues qué extrañas,
Que no te adore rendido?

Marg. ¿Luego los hombres no aman,
Sino ocasionados?

Flor. Cuando
Es tan grande la distancia
Del sugeto, que de vista
Se pierde.....

Marg. Di.
Flor. Mas le agravia
Quien le ama, que quien le olvida.

Marg. Por qué?

Flor. Porque se adelanta
Mucho quien pone el deseo
Mas allá de la esperanza.
Dale alguna, y verás..... Pero
Un hombre en el jardín anda;
Diréle que estás aquí,
Que tuerza el camino.

Marg. Aguarda;
Que ese, Flora, es un criado,
Que, despues que ya él estaba
Albergado, en busca suya
Llegó; y antes deseara
Hablarle, por si pudiera
Saber, si el nombre y la patria,
Que dijo, es cierta, y si es cierta
De su tragedia la causa.

Flor. Pues háblale tú, y á mí
Me deja.

Sale CAPRICHÓ.

Capr. ¿Que en todo hoy no haya
Dado con él!

Flor. ¿Cómo aquí,
Hidalgo, moveis las plantas?

Capr. Como es jardín, el moverlas
No pensé que os enojara,
Pues cualquier viento las mueve,
Y nadie le dice nada.

Flor. Ved, que está Madama aquí.
Volvéos.

Capr. El estar Madama,
Mas es razon de quedarme,
Que de irme.

Flor. De qué se saca?

Capr. De que el respeto de verla
Me ha dejado hecho una estatua.
Buscando un amo, que Dios
Me dió para mi desgracia,
Entré á este jardín. ¿Quién pudo
Prevenir, que tan sin guarda
Estuviera? estando en él
Quien, si.....

Marg. No te turbes, alza.
Quién eres?

Capr. Un escudero
Andante, antes que llegara
Aquí, pero ya parante
Lo soy.

Marg. Di, cómo te llamas?

Capr. Capricho.

Marg. ¿Quién es tu dueño?

Capr. Bien se vé cuan soberana
Deidad eres.

Marg. En qué?

Capr. En que
Haces el bien, sin que hagas
Memoria de que le hiciste.

Marg. Así; ya no me acordaba.
¿Criado de César no eres?

Capr. César mi dueño se llama,
Que es lo mismo que llamarse
Una negra Mari-Blanca.

Marg. ¿Cómo?

Capr. Como César dice
Victorias, triunfo y palmas;
Y él toda su vida ha sido
Desdichas, penas y ansias;
Aunque digo mal, pues desde
Que, sin estar enojada,
Ni haberte reconciliado
Con él, le volviste el habla,
Todo es dichas y venturas.

Flor. No tu buen humor se valga,
Para jugar del vocablo,
De equívocos; que no falta
Quien diga, que no es su nombre
César.

Capr. Diránlo las malas
Lenguas; porque antes de ahora
Ludovico se llamaba,
Pero heredó un mayorazgo,
Que le obliga á nombre y armas
De César.

Flor. Y aun dice mas.

Capr. ¿Qué?

Flor. Que no es Orliens su patria.

Capr. Eso aun lleva algun camino;
Que, aunque Orliens originaria
Tierra es suya, en Mompeller
Tuvo unos dias su casa;
Y asi haber pensado pueden,
Que es de allí.

Flor. Y hay quien añada,
Que no fueron bandoleros
Los que por muerto en la falda
De aquel monte le dejaron.

Capr. Pues quién?

Flor. Alguien, en venganza
De no sé qué antiguo duelo
De amor y zelos

Capr. Quien habla
Mucho.....

Flor. En algo ha de acertar,
El refran dice.

Capr. Mal haya
El griego comentador,
Que nos los envió de España.

Marg. Pues supuesto que ya has dicho,
Que es verdad,.....

Capr. Yo he dicho nada.

Marg. Y que, por cierta porfia
Con Flora, intento apurarla,
Has de contármelo todo;
Y en muestra de que obligada
Tengo de quedarte, toma
(Que no tengo aquí otra alhaja
Mas á mano) este reloj.

Capr. El primer lacayo que haya
Visto el mundo, hasta hoy, seré,
Con reloj de porcelana,
Á quien diamantes adornan
Y tulipanes esmaltan.

Marg. Toma.

Capr. No sé si me atreva. [*Toma el reloj.*]

Marg. ¿Pues qué es lo que te acobarda?

Capr. Que siendo de sol en tí,
En mí sea de campana;
Y dándole tú por muestra,
Yo despertador le haga.
Si te digo, que es verdad,
Que, por zelos de una dama,
Un señor le hizo seguir;
Y mas si me preguntaras
Luego quien era el señor,
Y quien la dama era, guarda,
Porque al punto te dijera,
Que es dama y señor.....

Flor. Repara,
Señora; que el Duque y César
Llegan.

Marg. Un poco te aparta,
Y vuelve luego.

Capr. ¿Á qué hora
Hacer la junta me mandas,
Para poner el reloj?

Flor. ¿Ahora á preguntar te paras
La hora?

Capr. ¿Pues qué te admira,
Quien con un reloj se halla,
Que no ande preguntando
Tardes, noches y mañanas
La hora á cuantos encuentra?

Flor. No salió la industria vana. [*Vase*]

Marg. No; pero salió cruel,
Pues me ha dejado sin alma.
Una dama es quien le empeña,
Y un señor es quien le mata.
¿Quién creará, cielos, que zelos
Á la primer vista hayan
Podido conmigo mas,
Que amor? pues me declararan
Ellos, y él no, si tuviera.....

Flor. Que llegan.

*Sale el DUQUE hablando con CÉSAR, y Criados
de acompañamiento.*

Duq. Mucho me espanta,
Que no baste mi favor,
César, á vencer la extraña
Melancolía, que traes
Estos dias.

Ces. Mis pasadas
Fortunas, señor,.....

Duq. Despues
Me lo dirás; que mi hermana
Está al paso. — Margarita!

Marg. Señor?

Duq. ¿Pues tan retirada,
Que me cueste diligencia
Hallarte?

Marg. Penas tiranas,
Buscando la soledad,
Me trajeron á la estancia
Deste jardín, por mas sola.

Duq. Otra pienso que es la causa.

Marg. Pues qué puede serlo?

Duq. Que
Te traigo dos nuevas, ambas
De gusto, y las que lo son,
Siempre hallar su dueño tardan.

Marg. Harto será que lo sean,
Siendo mias. Mas qué aguardas?

Duq. Ya sabes, que en Mompeller
Por Embajador estaba
Roberto, aquel docto anciano,
Que fue en mi primer crianza
Maestro mio.

Marg. Ya lo sé,
Y sé tambien, que á tu instancia,
Si no en su mayor edad,
Por descansar en su patria,
Á gobernar á Bearne
Viene hoy, con toda su casa
Y familia. ¿Pero deso
Á mí qué parte me alcanza,
Que nueva de gusto sea?

Duq. Traer á su hija Madama
Serafina, con quien tú
Tambien en tu tierna infancia
Te criaste; y habiendo ahora
De venir á verte, es llana
Cosa, que el primer amor
Mueva de aquella dorada
Edad las memorias.

Marg. Bien
Me holgara verla y hablarla;
Mas no tanto, que merezca
Ser nueva de gusto.

Duq. Vaya
La otra; que ella tendrá
La estimacion, que á esta falta.
De tus capitulaciones
Con el Conde trae firmadas
Las condiciones, en cuya
Fe, cuerda la confianza
Sola esta vez, en mi pliego
Para tí envia esta carta.

Marg. En buen empeño me pones,
Pues de necia ó de liviana
Huir no puedo.

Duq. ¿Cómo?

Marg. Como,
Siendo cosa que tú tratas,
Será necedad, si digo,
Que tampoco.....

Duq. ¿Qué reparas?

Marg. Es nueva de gusto esa;
Y si digo, que sí.....

Duq. Habla.

Marg. Será liviandad; y asi,
Tomarla callando basta,
No tanto porque él la escriba,
Cuanto porque tú la traigas.

Sale C ÁRLOS.

Carl. Con el séquito de toda
La corte, que le acompaña,
Roberto á palacio llega
Con Serafina.

Duq. Que salga

Yo á recibirle, es bien. — Tú
Ve, y en tu cuarto la aguarda. —
Venid todos.
[*Vanse el Duque, Carlos y los Criados, y quedan César, Margarita y Flora.*]
Ces. ¿Cómo, cielos, [aparte].
Iré yo? Pues al mirarla
Es fuerza.....
Marg. César!
Ces. Señora?
Marg. Ya veis, que no tengo casa
Hasta ahora, y es forzoso
(¡O quien sin hablar hablara!) [aparte].
Servirme de los criados
Del Duque, mi hermano.
Ces. Para
Serviros yo, la razon
Sobra, aunque la dicha falta;
Pues no ha menester, señora,
Tan honrosa circunstancia
Para serviros con vida
Y honor, quien á vuestras plantas,
De honor y vida deudor
Se confiesa.
Marg. Aquesta carta
Del Conde es de Mompeller.
Ces. (Ha tirano!) — Pues qué mandas?
Marg. Que, ya que entre los favores,
Que vuestro mérito gana
Con mi hermano, es el mayor,
Que su secretario os haga.
A esa carta respondais;
Y para que trasladarla
De mi letra pueda, un
Borrador que traigais basta. [Dale la carta].
Ces. Iré á obedeceros. Pero
Ved, que me la dais cerrada.
Marg. Qué importa?
Ces. Mucho.
Marg. Por qué?
Ces. Porque allá el Galateo encarga
Á quien sirve, que, si el dueño
Le diere abierta una carta,
La guarde con tal decoro,
Que, sin osar desdoblarla,
Cuando la vuelva, no pueda
Decir, si está escrita ó blanca.
Pues si aun en la abierta quiere
Que tanto respeto haya,
¿Qué será en la que no abierta
Llega á mi mano?
Marg. Mostradla. [Tómala, y la abra].
Ya desdoblada y abierta
Va; leedla, y esa enseñanza,
(Lo fino de mi dolor [aparte].
Desmienta con risa falsa)
Si habla al secreto que debe [Como sonriéndose].
Tener quien sirve, no habla
Al que no debe tener,
Cuando responder le mandan.
[*Vanse Margarita y Flora.*]
Ces. Solo este enigma (ay de mí!)
Á mi confusion faltaba
De descifrar, sobre tantos
Riesgos, sobre penas tantas,
Como mi pecho acometen,
Como mi vida amenazan,
Mi imaginacion embisten,
Y mi pensamiento asaltan.
¿Qué querrá decirme, cielos,
Margarita, que encontradas
Risa y voz á un tiempo mezclan
Al enojo en las palabras,
Y en el semblante la risa?

Fortuna, ¿no tengo hartas
Dudas yo con que lidiar,
Sin que otra mayor añadas?
Duélete de mí, por Dios!
Y para ver, si te cansas,
Te las he de acordar todas.
Córrate el ver, Deidad varia,
Que baste yo á padecerlas,
Y no bastes tú á aliviarlas.
Por muerto me tiene el Conde
De Mompeller, en venganza.....
Sale CAPRICHO mirando el reloj.
Capr. Un hora y un cuarto, y algo
Mas, ha que te busco.
Ces. ¡Extraña
Cuenta y razon!
Capr. No te espantes,
Que tengo de quien tomarla.
Ces. De quién?
Capr. Ay, es un amigo
Como un oro.
Ces. Calla, calla;
No me vengas con locuras;
Que no estoy ahora de gracias.
Capr. Yo tampoco, porque vengo
Con unas nuevas; si malas
Ó buenas, tú lo verás.
Ces. Poco haré en adivinarlas.
¿Mas que has visto á Serafina?
Capr. En este jardin estaba,
Señor, á las tres y un cuarto,
Esperándote á que salgas
Del del Duque, cuando veo,
Que á las tres y media pasa
Un grande acompañamiento.
Voy á ver á quien le traiga,
Y veo, que á los tres cuartos
Todo en Roberto remata,
Que, bracero de su hija,
Hasta el cuarto la acompaña
De Madama, donde queda
Á las cuatro en punto.
[*Mira el reloj, y vuelve á guardarle, dejando fuera la llave.*]
Ces. Aguarda.
¿Qué frialdad de horas es esa?
¿Y qué es eso que recatas
De mí?
Capr. No es nada.
Ces. Si dejas
La llave fuera, qué guardas?
Capr. Mal haya secreto, que
Estar con llave aun no basta.
Ces. ¿Tú con tan preciosa joya?
¿De quién ó cómo lo alcanzas?
Capr. Peor será negarlo todo, [aparte].
Pues él cuyo es dice.
Ces. No hablas?
Capr. Margarita, si te digo
La verdad, por aqui andaba,
Cuando yo entré en busca tuya;
Llegó mi despejo á hablarla,
Y de un disparate en otro,
Tanto de mi humor se agrada,
Que me dió aqueste reloj.
Ces. Margarita?
Capr. Qué te espantas?
¿Es nuevo, que á un hombre, que
Ser hombre de placer trata,
Dé una Madama una joya,
Al revés de otras Madamas,
Que á hombres de pesar las quitan?
Ces. No es nuevo; mas si intentara

Hacer de enojo y de risa
Un emblema uno, pintara
Por empresa en mis fortunas
Este reloj y esta carta:
Toma; que no quiero hacer
Misterio el ver que en mí para.
Y pues que conmigo á solas
Queria recopilarlas,
Ayúdame tú.
Capr. Sí haré.
Ces. Por muerto.....
Capr. Un tantico aguarda;
Que da el reloj de palacio,
Pondréle con él.
Ces. No callas?
Por muerto me tiene el Conde
De Mompeller, en venganza
De aquel trance, en que perdí,
Con Serafina, esperanzas,
Patria, honor, vida y.....
Capr. Todo eso
Para mí es historia larga,
Supuesto que ya lo sé.
Ces. Serafina,..... Ay! que al nombrarla,
Cada sílaba del nombre
Es un pedazo del alma.
Serafina, otra vez digo,
Y otra vez el pecho arranca
Mitades del corazon,
Es preciso, que informada
De su venganza y mi muerte
Esté; pues para lograrla
Con ella, la intentó el Conde;
Y ya piadosa ó ya ingrata,
Ó la haya sentido ó no,
Es fuerza, (ay de mí!) que haga
Novedad al verme, viendo
Que es tan poco cortesana
Mi desdicha, pues no muere,
Siendo ella quien la mata.
Roberto, que me conoce,
Aunque interesado, no haya
En su honor, de nada desto
Tenido noticia, es clara
Cosa que diga quien soy;
Con que, fingida la patria
Y el nombre, tambien es fuerza
Perder del Duque la gracia;
Pues veré, que le he mentido,
Y mas si á saber alcanza,
Que en odio vivo del Conde,
Con quien Margarita casa,
Á tiempo que Margarita
Con nuevos enigmas causa
Nuevas confusiones, que
No me atrevo á descifrarlas;
Y así, pues no hay otro medio,
Ni es posible que le haya
Á tanto golpe de penas,
Tanta avenida de ansias,
Tanto tropel de desdichas,
Tanto embate de desgracias,
Sino solamente (ay triste!)
Volver á todo la espalda:
En tanto que escribo yo
La respuesta desta carta,
Con cuya ocasion, despues
Que Serafina se vaya,
Podré hablar á Margarita,
Despedirme, porque fuera
Groseria muy villana
Irme deudor de una vida,
Sin solicitar pagarla,
Siquiera con atenciones,
Cuya consecuencia pasa
Al Duque tambien, y á Carlos,
Á quien aqui debo tantas
Finezas de amistad, tú
Puedes ir, Capricho, á casa.
Alguna ropa preven,
Y con dos postas me aguarda.
Capr. Qué dices?
Ces. Lo que ha de ser.
Capr. ¿Con qué, señores, se paga [aparte].
El gustazo de servir
Á un loco?
Ces. Pues di, qué extrañas?
Capr. Verte anteayer desterrado,
Ayer muerto, hoy en privanza,
Y no saber á estas horas
En qué te he de ver mañana.
Ces. Verásme ausentar, haciendo
Por la mas bella tirana,
Que vió amor en sus imperios,
La fineza de no darla
El pesar de verme vivo.
Mas ay de mí! que no basta
Apartar della la vida,
Si apartar no puedo el alma. [Vanse].
*Salen el DUQUE, el CONDE, ROBERTO,
CARLOS y acompañamiento.*
Duq. Otra vez y otras mil me dad los brazos.
Rob. No ha menester, señor, tan fuertes lazos
Mi esclavitud dichosa,
Cuando feliz en la prision reposa.
Duq. No sabré encareceros
Cuanto me alegre veros
De tan buena salud.
Rob. El sumo gozo
De que vos la tengais, con su alborozo,
Hizo á mi edad engaños;
Mas siempre es grande el peso de los años.
Duq. ¿Cómo mi hermano Federico queda?
Rob. Bueno, señor. Haz como hablarte pueda
En secreto y aparte,
Porque importa.
Duq. Los brazos vuelvo á darte
En orden al gobierno que te encargo,
Aunque despues hemos de hablar mas largo.
Rob. Oid. [aparte los dos].
Duq. Qué quereis?
Rob. El Conde se ha fiado
De mí, y en mi familia disfrazado,
Creyendo, que es fineza
Adelantar el gusto á la grandeza,
Con que vendrá despues. Ver solicita,
Sin que sepa quien es, á Margarita,
Con recato tan grave,
Que pienso, que mi hija aun no lo sabe.
Duq. Bien habeis advertido,
Pues, no dándome yo por entendido,
Nunca su queja á vos llegar espera,
Y salvais la que yo de vos tuviera,
Á saberlo despues.
Rob. Es cosa llana.
Duq. No hay para qué decirselo á mi hermana;
Que podrá ser, se dé por ofendida.
Rob. A solo obedecer con alma y vida
Me vuelven á tus pies años cansados.
Duq. ¿Y es de aquesos criados
Alguno?
Rob. Sí, señor.
Duq. Cual es, decirme
Podeis.

Rob. El que yo hablare ahora al irme.—
A obedecerte voy.—¿Qué te parece, [al Conde.
Fabio, de aqueste alcázar? [Vase.]

Cond. Que merece
Ser dignamente esfera
De dueño tal.—Aunque mejor lo fuera, [aparte.
Si fuera Serafina,
Con cuya luz divina
Hoy Margarita bella,
Fue cotejar al sol con una estrella;
Mas ya que sus rigores
Grandes siempre y mayores
Desde que de sus zelos mi venganza
Fue Ludovico, aunque la esperanza
Perdida, trate con mayor violencia
De que atrase el amor la conveniencia.

Duq. Ya sé cual es, y por deshecha luego [aparte.
Haré, que parta un propio con mi pliego.—
Decid á mi hermana, que su carta espero.

[á los Criados.
No vayas, Carlos, tú; que hablarte quiero.
[Vanse los Criados.]

Carl. Qué me mandas?

Duq. ¿Habrátelo sucedido
Alguna vez hallarte tan rendido
Á un pesar, ó á un placer tan entregado,
Que, por mas que el cuidado
Le quiera recatar, á su despecho,
Saliendo al labio, desampare el pecho?

Carl. Sí, señor, muchas veces.

Duq. Pues en esa disculpa que me ofreces,
Oye lo que te fio.

Carl. Seguro puedes del cuidado mio.

Duq. Yo adoro á Serafina
Desde que su beldad miré divina.
Yo la he de amar, y solo tu secreto
Ha de ser, Carlos, dueño de mi afecto.
Pero allí César viene.
Tú eres su amigo, sabe dél qué tiene,
Con advertencia, si tu fe le obliga,
De que me has de decir cuanto él te diga. [Vase.]

Sale CÉSAR.

Ces. Esperando que se vaya, [aparte.
Por no ver á Serafina,
Tiempo haré en este jardin,
Para hablar á Margarita,
Ya que para trasladarla
Le traigo la carta escrita,
Y pensada la ocasion
Con que della me despida.

Carl. César!

Ces. Carlos?

Carl. Mucho estimo
Hallaros.

Ces. Si hay en que os sirva,
Ya sabéis, que vos sois dueño
De mi honor y de mi vida.

Carl. Mal dicen vuestros afectos
Con mis quejas.

Ces. Mis desdichas
Solo hicieran, que de mí
Quejas tengais. Mas decidlas;
Podrá ser, que satisfechas
Queden, como llegue á oirlas.

Carl. Todas nacen de lo poco
Que vuestra amistad estima,
Ya que finezas no sean,
Los deseos de la mia.
¿Es posible, César, que
Pueda una melancolía
Tanto con vos, que, intratable,
Á sus extremos se rinda?

Quejoso de vos el Duque
Está, de que no le asista
Vuestra atencion, pues sin verle
Se os pasan noches y dias.
Yo lo estoy; no tanto, César,
De ver, que de mí os retira
Tambien la tristeza, cuanto
De ver, que no se me fia,
Ya que no para enmendarla
La causa, para sentirla.
Qué tenéis? qué es esto?

Ces. Ay Carlos!

Bien veo, que es cosa indigna
En un hombre noble, á quien
Aqui arrojaron las iras
De su fortuna, extrañarse,
Mal hallado con las dichas;
Pero eso es ser desdichado,
Ser su suerte tan impia,
Que aun, hallándolas de balde,
De poco ó nada le sirvan.
Y porque veais mejor
Á lo que el pesar me obliga,
Mirad, si me mandais algo;
Que al punto que me despida,
Ya despedido de vos,
Del Duque y de Margarita,
Á quien esta carta llevo,
Para que al Conde la escriba,
He de salir de Bearne.

Carl. Qué decis?

Ces. Y tan aprisa,
Que estan ya en casa las postas.

Carl. Sois mi amigo?

Ces. Y con tan fina
Lealtad, que.....

Carl. Pues en fe della,
Dadme para una malicia
Licencia.

Ces. No lo será,
Siendo vuestra. Mas decidla.

Carl. ¿Á Margarita esa carta

No llevais?

Ces. Sí.

Carl. ¿No va escrita

Para el Conde?

Ces. Sí.

Carl. ¿No fue

Ella quien os dió la vida?

Ces. Sí.

Carl. Della no os ausentais

El dia que.....

Ces. No prosiga

Vuestra voz; que, aunque mis penas

Nunca fueron para dichas,

Deste este instante han de serlo,

Tanto porque habeis de oirlas

Vos, en quien seguras quedan,

Cuanto porque ya el decirlas

Importa mas, que el callarlas,

Si en un átomo pelagra

En mi silencio el menor

Respeto de Margarita.

Y gracias á Dios, que hallé

Esta ocasion de servirla;

Pues solo con un secreto

Pagar se puede una vida.

Yo, Carlos, no soy de Orlens,

Ni César. Qué, qué os admira?

Ludovico soy; mi patria

Mompeller. Ved cuan aprisa

Haciendo escándalo entran

Mis no entendidos enigmas.

La causa de haber fingido

Patria y nombre bien se indicia
De haberme, Carlos, hallado
Á tan mortales heridas
Rendido; pues claro está,
Que con tener quien me siga,
Quien me alcance y quien por muerto
Me deje, se facilita
El argumento de que
El que descansen las iras
De algun poderoso (ay Carlos!)

Es la razon que me obliga,
Teniéndome ya por muerto,
Á que patria y nombre finja.
Esto asentado, y que nunca
Fue engaño, sino precisa
Seguridad, que ignorado
Viva dél, para que viva,
Vamos á que aqui aun no quiere
Dejarme, pues mis desdichas
Hacen que sepa de mí
Adonde quiera que asista.

Y porque lo veais, pues es
Fuerza que todo lo diga,
El Conde de Mompeller
Es quien la vida me quita;
Y pluguiera al cielo, se
Contentara con la vida.

Ved, habiendo de venir
Tan presto por Margarita,
Si será bien que me halle,
Cuando muerto me imagina,
Con otra patria, otro nombre,
En Bearne, y mas á vista
De la causa de su enojo,
De su rencor y su envidia,
Pues tambien en Bearne está.

Mejor aqui la malicia
Entrara ahora, que antes;
Y yo lo agradecería,
Si, adelantando el saberla,
Me excusáseis el decirla;
Puesto que ya no es posible
Dejaros con la noticia

De que, siendo su vasallo,
Le enoje, ofenda y desirva,
Sin dejaros juntamente
Con la disculpa sabida

De cuanto es noble el delito,
Que en mi vanidad seria
Desaire haber dicho dél,
Carlos, una alevosía,

Y de mí una culpa, Carlos,
Sin ver, si á los dos nos libra
De infiel y de injusto, ser
Amor quien nos precipita,
Pues no hay yerro de que no
Sea amor disculpa digna.

Yo pues amaba (ay de mí!)
Una hermosa divina
En aquel feliz estado,

Que, de sus ceños vencida
La primer dificultad,
Ya no siente que la asista,

Ya no extraña que la vea,
Pues afablemente esquiva,
En la fe de amante esposo,
Hubo noche que permita,

Que á la reja de un jardin,
Por la verde zelosía
De unos jazmines, la escuche
Desdenes el primer dia,

Que á pocos fueron favores,
Y á no muy pocos caricias.
En este (ay Dios!) tiempo, que,

Con serenidad tranquila,
La nave de amor sulcaba
Espumas de nieve rizas,
Se levantó una tormenta.....
De zelos á decir iba;
Mas no fue solo de zelos,
De traiciones, de mentiras,
De engaños y falsedades.

¿Quién (ay infeliz!) creeria,
Que en tan linda dama hubiera
Mudanza? ¿Mas qué seria
De nosotros, Carlos, si
No se mudaran las lindas?
Sucedió pues, que el estado
Mandó alistar las milicias,
Á que asistí, por ser yo
Cabo de las compañías

De su nobleza; si bien
Puede volver mas aprisa,
Que ella pensó y yo pensé.
¿O como se facilitan

Los acasos, cuando son
Contra un triste! Yo lo diga,
Pues rozándose en mi pecho
La tristeza y la alegría,
Me adelanto no esperado,
Porque, antes que mi venida
Supiese de otro, yo fuese
Quien ganase las albricias.

De noche llegué á su calle,
Y viendo tres á la esquina,
Me recaté en el portal
De enfrente, mas por su altiva

Opinion, que por mi baja
Sospecha; que bien castiga
El nombre de necio á quien
Fia, porfia y confía.

No hicieron reparo en mí;
Que, al verme entrar, pensarian,
Que de aquella casa era,
O quizá la sombra fria

Debió de ocultarme. En fin
Veo á poco, que desde arriba,
Entreabriendo una ventana,
Mudas señas los avisan.

Vinose acercando el uno,
Y apenas el umbral pisa,
Cuando una escala le arrojan,
Diciendo en voces remisas:

Sube, ya es hora; en su cuarto
Está sola, y recogida
La casa. No me detengo
En pintar cual quedaria

Al ver seña, escala y voz;
Porque, aun contado, seria
Ruindad de mi pensamiento,
Sin que al instante le embista,

Tener el pie él en la escala,
Y yo la espada en la cinta.
Sacándola pues salí;

Mas por mas que me dí prisa,
No tanto, que no sintiese
El ruido, y con bazarria
No se pusiese en defensa.

Apenas las dos cuchillas
Llegamos á medir, cuando
Á la escasa lumbre tibia
De la luna reconozco,

Ser el Conde, á quien ya habian
Cogido en medio los dos,
Con que, empeñado en la rifa,
Tuvo por mejor no darse

Mi lealtad por entendida,
Pues no habia mas disculpa,